

reció al que declaraba ser sobrino del pastor Nogales, no tuvo inconveniente en creerles. El que declaraba llevaba una escopeta de chispas, y los dos hombres referidos tenían otras dos sobre los aparejos. Tomó él una de ellas, que era de piston, y les dijo, si se la querían cambiar, á lo que se negaron, convidando al declarante y á su primo á beber y tomar un poco de queso, á lo que estos accedieron, despidiéndose despues y siguiendo á ver el monte, que era su objeto. Por la tarde, á eso de las cuatro,

volvieron por el mismo parage, y aun estaban allí del mismo modo que por la mañana los hombres y los dos niños, con el pastoreito Nogales. Les volvieron á saludar, fumaron un cigarro, y se marcharon al pueblo, conversando el declarante y su primo sobre lo extraño que era que estuvieran de caza en un sitio donde no la habia aquellas personas. Luego que llegaron al pueblo, oyeron en la plaza á las gentes hablar de una requisitoria que habia llegado de Madrid por dos niños que habian sido robados, y al oir esto,



Los raptos fugándose hácia las Pedrizas con los niños.

fueron los dos á dar parte al alcalde de lo que habian visto. En su consecuencia, dispuso el regidor Andrés Martin que se reuniera el cabo con los nacionales, y que el cabo del destacamento de la Reina Gobernadora, que con dos soldados habia quedado allí, diera conocimiento al resto del destacamento que con el sargento habia salido á registrar las chozas. Al ponerse el sol, salió el que declaraba con tres nacionales al sitio antes visitado, y observaron que en la choza del vaquero viejo, á quien llamaban Perea, estaban los hombres y los caballos referidos, por lo que, y por no matar de alguna descarga á los niños, se estuvieron escondidos esperando llegara la tropa que habian ido á buscar los otros, y en este tiempo se acercaron á la misma cueva sin que pudieran dis-

tinguir quiénes eran, y se alarmaron, temiendo si podrian ser algunos compañeros de aquellos dos hombres. Como pasó bastante rato sin que llegara la tropa, se salieron aquellos hombres con los caballos, sin que se les sintiera marcharse; así es, que cuando llegó la tropa á la choza del vaquero, registraron el sitio, y no encontrándoles, buscaron las huellas de los caballos, y las siguieron, llegando á encontrar á los niños en la choza de un cabrero, llamado José. Los soldados, con la demás gente, continuaron siguiendo la huella que iba en direccion al pueblo hasta que llegaron al camino que dirige á la cerca de Manzanares, la cual dejaron y se fueron con los niños al pueblo.

En cuanto á las señas de los hombres y de los